

Humanismo y humanidad

EN estos días leía y comentaba las duras apreciaciones de un escritor francés, caudillo en las nuevas generaciones, de M. Henri Massis, que ha obtenido para su obra múltiple, constructora y afirmadora, el premio nacional otorgado anualmente por la Academia Francesa a un literato prestante.

Al examinar libros de autores, el brillante crítico no sólo analiza sino que enjuicia. En el título que pone a sus estudios se patentiza su severa actitud: *Jugements*. Desde un tribunal improvisado traba acusaciones y condenaciones. En nombre de estrechas y firmes convicciones católicas critica a los maestros que se complacían, al fenecer el siglo último, en el relativismo, o sea en una visión de las cosas que alberga dudas y es contraria a la seguridad y a la ufanía del dogma. Ni Renan ni Barrès escapan ilesos de este penetrante examen.

En la obra vasta y múltiple de Anatole France M. Massis descubre lo que denomina el humanismo inhumano, una alta cultura formada en bibliotecas, indiferente al destino de los hombres, a sus ambiciones y a sus dolores. Empero, recordemos que los admiradores de France le llamaban el buen maestro, es decir, el dulce director de almas, el guiador sin amargura que sonríe ante la estupidez difusa en el mundo y vence todos los males con la ironía y la piedad. Inhumano parece, pues, adjetivo injusto aplicado a un grupo de libros donde nunca falta la humana preocupación del porvenir de las sociedades.

Acabo de releer un volumen que publicó Anatole France en 1905 y que contiene libres reflexiones sobre el futuro del continente europeo, elementos para construir una de esas utopías en que se manifiestan a la vez descontento y esperanza, lucha contra lo actual imperfecto y conato para transformarlo, para enhestar a los individuos y redimir a las sociedades. En medio de su escepticismo, de su manera insinuante de presentar y asociar dudas, France también critica y condena. Sueña en un orden de relaciones entre pueblos y continentes en el cual desaparezca la explotación. Si examina la influencia de Europa en Asia a través del siglo XIX, se derrama en imprecaciones. Los pueblos que llamamos bárbaros, dice, sólo nos conocen por nuestros crímenes. Europa blanca invade y

extermina los territorios ocupados por razas rojas, amarillas y negras. La civilización moderna se confunde con la rapiña y la expansión sangrienta. La cristiandad militar y comercial, en sus andanzas no retrocede ante el crimen. Sin duda recuerda el maestro que pierde repentinamente su serenidad y su dulzura en este examen: el Occidente descubre y denuncia lo que llama el peligro amarillo. Pero no son los japoneses quienes buscaron a los rusos ni los amarillos quienes persiguieron a los blancos. En verdad, Europa ha creado el peligro blanco y el peligro blanco ha creado el peligro amarillo. Tal es la generación de los sucesos.

France sueña en la paz que ha de venir, que asociará a los pueblos de manera humana y definitiva. Como es pesimista, no confía en súbitas trasmutaciones del hombre, lobo para otros hombres, sino en nuevas y eficaces condiciones del desarrollo político y social, solidaridad entre los mercados financieros, crecimiento del socialismo internacional, multiplicación de cambios, de comunicaciones, complicación y entrecruzamiento de intereses. La ciencia y nuevas necesidades económicas van a imponer a pueblos belicosos y ávidos el estado de paz. Lo que escribía el maestro en 1905 se realizará tal vez en 1930. Lentamente se cumple la profecía. Denuncia el escritor lo que divide a los hombres, los arma para empresas de muerte, extiende en el universo el imperio del dolor. ¿Qué hemos enseñado a los japoneses? pregunta. El régimen capitalista y la guerra. El Japón educará a China, la enseñará a defenderse contra los europeos con armas europeas. ¿Acaso deben oponerse las naciones poderosas a este resurgimiento, a esta tonante expresión de derechos? Al contrario. Los pueblos avigorados contribuyen a la armonía, a la riqueza del mundo. France quisiera, en todos los continentes, exuberancia de dones, vida firme y próspera. Aún para el Africa sumisa vaticina progresos, un arte delicioso del baile y del canto, el mismo que aplaudimos en los escenarios europeos. La explotación adecuada y completa del planeta exige, según él, el combinado esfuerzo de los blancos, los amarillos y los negros. No más ostracismo. Cooperación, intercambio, enulación sin violencia. Que sean también los pueblos negros, los pueblos amarillos, libres, poderosos, ricos, civilizados porque de ellos depende al fin la prosperidad de la orgullosa e injusta raza blanca.

Humano, demasiado humano para sus compatriotas, el maestro se decide a abandonar la política colonial que para él se confunde con la barbarie. El derecho de gentes que nos dirige establece que los pueblos fuertes deben destruir a los pue-

blos débiles. Y ocurre que la nación poderosa se indigna porque no acepta la comunidad atrasada, la ley que aspiran a imponerle o desconoce la influencia roborativa de la civilización importada. Establece orden por medio del incendio, del asesinato, del robo y se irrita si no halla simpatía en los habitantes de las zonas invadidas y regeneradas. Para Francia, de quien aspira a ser portavoz, el maestro sólo acucia un privilegio, el imperio del pensamiento, el uso libre de la razón, ideas claras que aventará por el mundo, generosa, ferviente, desinteresada, revolucionaria. Su verdadera fuerza es de orden espiritual.

* * *

Una concepción naturalista de la vida, escribe severamente M. Massis, he aquí lo que M. France ha derivado de su comercio con los antiguos. Lo que denomina humanismo y belleza es el goce, el placer de los sentidos, los bienes y las gracias de la Grecia alejandrina, en pleno menguante. El crítico execra el humanismo, porque rechaza el orden sobrenatural y se ciñe a embellecer la tierra, a extender en ella la justicia y la paz. Desde el Renacimiento, el individuo se afirma, confía en sí, en sus fuerzas renovadas, con desmesura; llega a divinizarse. Pero esta concepción que puede parecernos estrecha se concilia, en Voltaire, por ejemplo, y en France, su discípulo, con la cordial preocupación de los humano. Si los dioses se alejan de la tierra, si no confiamos en su acción providente, ha de ser transformando el mundo por nuestro esfuerzo. Los pensadores que se instalan en lo relativo se parecen a dioses olímpicos que todo lo juzgan impasibles. Tal France para M. Massis. Pero estas divinidades con frecuencia descienden a la tierra como árbitros y ofrecen lecciones de armonía a la áspera actividad de los hombres.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Reflexiones y comentarios

SOBRE ALGUNAS OBSERVACIONES DE ORTEGA Y GASSET

EN el último tomo de *El Espectador*, Ortega y Gasset se refiere al fenómeno de la defensividad del argentino. Esta actitud defensiva, está, según el comentador español apoyada en dos hipótesis: 1.ª que en la Argentina el puesto o función social de un individuo se halla siempre en